

# LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos y á cada número acompaña una lámina representando unas, las últimas

Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, ect., ó bien lindos dibujos para bordados de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripción 6 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

**SUMARIO.**—Revista de teatros Principal. Mi siglo y mi corazón.—La cigarrera sevillana.—A un ciprés.—Noticia teatral.—El último rey de los godos.—Modas de niñas.—Arte de seguir la moda.—Cancion de los pescadores de Bretaña.—A Belisa.—Geroglífico.

**SUPLEMENTO.**—Del amor considerado bajo el punto de vista estético.—La gota de agua.—Mañanas de Abril y Mayo.—La golondrina.—Pretensiones femeniles.—Anécdotas.—Pobre Laura, balada.—A Eliso.

## CRÓNICA DE LOS TEATROS DE CÁDIZ.

**PRINCIPAL.**—*Mi siglo y mi corazón, drama en cinco actos y en verso, original de D. Eduardo Benot.*

Con extraordinario éxito se puso en escena en este teatro la noche del martes el drama nuevo cuyo título ponemos por epígrafe. El Sr. D. Eduardo Benot, su autor, debe estar altamente satisfecho de la acogida que el público hizo á su obra, y debe estarlo tanto mas cuanto que aquellos aplausos eran justos, eran hijos del intrínseco valor de la produccion sometida al competente fallo de tan entendidos jueces.

Como simples coronistas llenaríamos nuestra mision consignando este hecho, cuya exactitud no pudiera ser por nadie desmentida; pero algo mas nos cumple hacer como críticos, y el drama en cuestion bien mereciera un artículo harto mas extenso, y sobre todo harto mejor pensado, que el que nosotros podemos consagrarle. Haremos sin embargo por presentar aquí las principales observaciones que se nos ocurran.

*Mi siglo y mi corazón* es casi un drama alegórico, y cada personage es la personificación de una idea abstracta. Salvador es su siglo, Félix la debilidad de carácter, Luisa la imprudencia, María la razon fortificada por

la fé. Mientras esto no llegue á comprenderse no se llegará jamás á comprender completamente el drama.

Y en efecto, ¿cómo no ver de otra suerte la contradiccion lógica que resultaria en el pensamiento? ¿Cómo esplicarse cada cual á sí mismo el por qué Félix, alma extraviada pero no corrompida, Félix, que desde luego se capta las simpatías del público, espía cruelmente una sola falta, mientras el perverso Salvador es el tipo de la humana ventura? ¿Cómo pudiera darse nadie cuenta de esa justicia en virtud de la cual Luisa muere de miseria y de hambre, mientras el vil que la ha hecho faltar á sus deberes se rie de su propia obra?

Todo esto tiene su esplicacion; esplicacion necesaria para poner en claro las verdaderas tendencias del drama, que son por cierto muy distintas de aquellas que pudiera hacer deducir una superficial inspeccion de él.

Salvador, ya lo hemos dicho, es su siglo, y como allí dice, solo al tiempo es dado matar al tiempo, solo la época futura puede castigar á la época pasada, humanamente hablando se entiende. Su poder, en cuanto á las individualidades, es omnímódo, es absoluto, y por eso contra el personage que en este drama representa su encarnacion son impotentes las espadas y las pistolas. El poder que existe superior á él no es el de este mundo.

No discutiremos aquí nosotros si los colores con que está retratado el siglo son ó no exajeradamente sombríos, porque eso no atañe en rigor á la critica literaria y sí á la filosofía y á la historia. A nosotros lo que únicamente nos pertenece es esplicar, segun la hemos entendido, la clave de esta idea fundamental del drama.

Félix es, segun dijimos, la debilidad luchando siempre entre la virtud y el vicio, y como no está sostenida por una ardiente fé,



sucumbe al mal ejemplo mas bien que á una espontánea maldad.

Lo que llevamos dicho nos dispensa de entrar en otros pormenores respecto á los demás personajes, puesto que basta para poder ya darnos razon de sus acciones, de sus palabras, y hasta de sus pensamientos en este drama.

Presentemos, por tanto, en brevísimo extracto su argumento.

Félix, instigado por Salvador y otros compañeros de desórdenes, habia seducido y abandonado despues á una jóven llamada Sofia, agravando esta falta con un matrimonio contraido á poco. Luisa, que así se llamaba su esposa, parecia corresponder á su amor; pero aquel pérfido amigo, sin la disculpa siquiera de una pasion, y si solo por ganar una apuesta, solicita á Luisa con tan buena fortuna que muy presto la hace faltar á sus deberes. Sorprende Félix esta intriga y desafía á muerte á su rival, dando á todos por pretesto una cuestion de juego: pero viendo el amigo que lleva por padrino ser infructuosas cuantas tentativas emplea para hacerle desistir de su propósito le revela que Sofia, á quien ha creído muerta, vive, y que él es padre de una niña, fruto de aquellos criminales amores, exhortándolo por tanto á vivir para aquella criatura. Félix convencido, rehusa aunque con rubor llevar á cabo este duelo; mas Salvador le provoca y le insulta llamándole cobarde; bátense, y á los pocos momentos de cruzar las espadas cae el desgraciado esposo gravemente herido.

De este al acto siguiente, que es el cuarto, supónese haber trascurrido algun tiempo. Félix ha perdido todo su caudal, y con su hermana y Serafina, hija suya y de Sofia ya muerta, habita en una pobre casa, bastándole apenas su trabajo para la subsistencia de ese resto de su familia, así como para atender á los cuidados y dispendios que exige el estado de Serafina, atacada de una consuncion mortal. Como si tantas desgracias no le bastasen llega allí oprimido de dolor y refiere, que pasando por el hospital vió conducir á él á una mujer espirando de hambre y miseria, la cual no era otra que su esposa Luisa, cuyo paradero ignoraba desde que huyó con Salvador, y la que, despues de reconocerle, solo tuvo tiempo para obtener su perdon antes de morir. Su cadáver, reclamado por el ofendido consorte, es llevado á aquella misma casa, donde Serafina, abrumada por este golpe que le recuerda el abandono en que mu-

rió su madre, espira tambien. Félix, en el colmo de la desdicha, intenta matarse. Cede sin embargo á los consejos de su hermana Maria, de la razon, y aunque la vista de Salvador que allí se presenta le enfurece y le hace disparar contra él aunque en vano la pistola que destinaba para sí, Maria le alienta indicándole los consuelos que ha de esperar de la religion.

Principiaremos por decir que este drama, en cuanto concierne á los pensamientos y al modo de espresarlos, nos parece superiormente escrito. Su versificación es fácil, correcta, jugosa, y cuando importa que lo sea, es enérgica y robusta. Nosotros perdonaríamos al autor en gracia de sus versos el lirismo de que tal cual vez abusa, si en alguno que otro pasajé de aquellos en que lo coloca fuese compatible con la accion; pero todo el arte con que lo introduce en las primeras escenas del acto tercero no bastan á hacernos olvidar que allí va Félix resuelto á matar ó morir, que la rabia lo ahoga, y que en semejante situacion de ánimo las bellezas de la naturaleza no tienen poder alguno sobre la imaginacion.

El acto segundo es altamente dramático, es sin duda el mejor de la obra, y no tuviera tacha á haberse tenido mas en cuenta que las situaciones de un drama, y con especialidad de esta especie, mas han de entrar por los ojos que por los oidos. Bastaria en efecto á justificar la rapidez de la caida de Luisa el saber que las murmuraciones del mundo han debido tener un fundamento, fundamento que vemos allí en una carta; pero el público en general no cuida de combinar antecedentes: presencia la entrevista de Salvador con Luisa, personaje á quien no ha visto hasta entonces, y antes de pocos minutos vé á esta resuelta á faltar á sus deberes. El público, pues, como no ha sido testigo de la lucha, no ve en aquella fácil victoria otra cosa que liviandad, y así es que en vano se trata de rehabilitar mas adelante su memoria apelando á la expiacion y al arrepentimiento: aquella mujer ha perdido ya todo derecho á producir interés.

Tampoco lo produce Sofia, con ser una figura que debiera despertarlo y muy grande, porque como nunca sale á la escena, los espectadores no llegan á conocerla sino por relacion; lo cual no basta.

En suma, la falta mas esencial que nosotros hemos hallado en este por tantos conceptos notable drama, consiste en tener rela-



tivamente mas palabras que accion, aunque no mas palabras que argumento. No es esto, ni con mucho, suficiente á deslustrar una produccion que literariamente hablando posee un sólido mérito: es señalar tan solo tal cual defecto de aquellos que, como obra humana, ha de tener, y respecto á los cuales si algo pudiera admirarnos fuera el ser ellos tan pocos y tan fáciles de evitar para en adelante, toda vez que quien tal y tan bien pensado drama ha escrito presenta por primera vez ante el público el fruto de sus tareas.

La ejecucion fué muy esmerada por parte de todos los actores, teniendo mayor ocasion de distinguirse el primer actor Sr. Delgado, que estuvo admirable, y la interesante niña D.<sup>a</sup> Pilar Boldun, la cual conmovió á los espectadores en su papel de Serafina hasta el punto de arrancar lágrimas. Es un fenómeno de precocidad.

Concluimos felicitando cordialmente al Sr. Benot por el éxito de su obra; éxito que debe animarle para darnos otras de su escelente pluma.

F. F. A.

## ALBUM DE ESCENAS ANDALUZAS.

### *La cigarrera sevillana.*

La cigarrera no es una individualidad aislada, no pertenece tampoco á un reducido gremio, es un miembro integrante de una corporacion numerosa, organizada y puede decirse que regimentada. De aquí es que todas ellas ofrezcan un carácter típico especial, que si bien es uno mismo en cada parte, varía con las localidades en que cada fábrica radica: véase por qué la cigarrera de Cádiz, por ejemplo, no se parece á la de Sevilla, siendo muy de creer que esta diferencia se haga cada vez mayor en proporcion que discrepan mas y mas con los paises las costumbres y los trages.

La cigarrera que corresponde á este artículo, y es la de Sevilla, se conserva mas fiel que ninguna otra clase de la sociedad á sus venerandas tradiciones: por eso no ha abandonado jamás su característica mantilla de anchas tiras de terciopelo, la cual en todo rigor jamás le sirve para cubrir su cabeza, sino para llevarla terciada sobre los hombros y reco-

jida con la izquierda mano á la cadera, mientras la derecha agita con graciosa volubilidad el abanico, adminiculo indispensable, y que entra á la parte en la conversacion, ni mas ni menos que la persona entera.

La cigarrera tiene naturalmente el ademán resuelto, tal vez porque participa del poder estimulante y enérgico del tabaco que maneja. Su andar es altivo, pisa fuerte y su mirada es entre desdenosa y atrevida.

Las demás casi imperceptibles medias tintas que distinguen á la simple maja de la maja que además es cigarrera, mas bien se sienten que se esplican; puesto que de seguro los prácticos en la materia no se equivocarán en la clasificacion, por mas que los profanos en los misterios de la majeza se espongan cada día á tomar rana por pez.

La inspeccion de la correspondiente figura podrá ser muy útil para este filosófico estudio.

F. F. A.

## A UN CIPRÉS.

### I.

Arbol que busca la perdida calma  
Del desdichado que un penar abriga,  
Amigo triste que el gemir del alma  
En tu recinto funeral mitiga,  
Como á la sombra de africana palma  
El peregrino que el simoun fatiga,  
Deja que el arpa de eternal quebranto  
Resuene unida á mi copioso llanto.

Deja que el plectro sin vigor entone  
Liras del alma en moribundo acento,  
Oculto el velo que á su llanto opone  
Mundana risa en bacanal contento:  
Deja que libre mi dolor abone  
Vanos quejidos lastimando el viento,  
Que pare el curso trasparente el rio  
Mientras que triste por mi bien porfio.

¿Por qué tu pecho cristalina fuente  
Al escucharme silencioso llora?  
¿Acaso ves en mi marchita frente  
Vivo el volcan que mi existir devora?  
Ayer su cáliz ostentó inocente  
Como la flor de la primer aurora;  
Y hoy, al soplar del huracan sañudo  
Tendida yace por el suelo rudo.



Ayer tranquila mi existencia huía  
Cual ese arroyo que á tus pies murmura;  
Como el favonio que galan rocía  
Nevada rosa en la mañana pura:  
Dichoso el campo del placer corria  
De flor en flor su desigual ventura;  
Y hasta lejano el horizonte alzaba  
Serena frente que su bien velaba.

¿Habeis un dia abandonado al sueño  
El alma presa de letal martirio,  
Y allá en la mente pavoroso ceño  
Brilló del hado en relumbrante cirio:  
Luego al fulgor de porvenir risueño  
Siguió creando con atroz delirio  
De gloria aplausos, inmortal carrera,  
Aun otro mundo que á su afán espera?

¿Y cuando el pecho de alborozo henchido  
Llega á la cumbre de la eterna gloria,  
Velo de despierta, y de aflicción transido  
Aun pena mas en su infeliz memoria?  
Así gozosa en el placer dormida  
Cerró la suerte mi dorada historia;  
Y al despertar al congojoso mundo  
Sin treguas lloro mi dolor profundo.

Pobre jóven que al lago trasparente  
Lanzándote en la barca del amor  
No miraste en su seno blandamente  
Evitaste las ondas con temor.

Ni sentiste mentida una esperanza  
Que esmaltaba de flores tu camino,  
Brindándote risueña en lontananza  
Otra vida de imenso torbellino.

Ay! rápida siguió tu fantasía  
De esa estrella falaz el esplendor,  
Y bogando en frenética alegría  
Te arrojaste á adorar una mujer.

Como al pecho de gozo palpitante  
De su frente el hechizo estremeció;  
Nuevo mundo de gloria deslumbrante  
Rodando por sus plantas contempló.

Otra vida de aplausos y recreos  
De músicas sonoras á compás,  
Confuso remolino de deseos,  
Al cielo remontándote quizás.

Ay! para, no te llegues á las galas  
De esa flor delicada del eden:  
Mira al aura gemir porque sus alas  
En torno de su cáliz vió tambien.

Que si bella se ostenta y primorosa  
Recamada de perlas cristalinas,  
Al querer aspirarla vanidosa  
Punzante te presenta mil espinas.

No escuchaste, seguiste satisfecho  
Esclavo á tu albedrío con ardor,  
Y pronto se clavarón en tu pecho  
Los dardos penetrantes de la flor.

Llora, infelice, llora, que llorando  
Si la gloria no vuelve ya pasada,  
Tan solo encontrarás alivio blando  
Del mundo á la insultante carcajada.

## II.

Quédate adios, que en mi dolor aumento  
De aquestos valles el espanto frio  
Y de tu pecho solitario abuyento  
La dulce calma que te presta el rio:  
Al fin siquiera tu existir contento  
Deslizándose vá en el soto umbrío:  
Pero yo, ay! preso de infernal cadena,  
No veo un alba relucir serena.

GAVIRIA.

## NOTICIA TEATRAL.

SEVILLA.—Hemos visto y oído en los tres últimos conciertos á la Sra. Tilli y Sr. Irfré, prima donna y tenor, nuevos en la compañía lírica de este teatro. Como era de esperar, la simpática cantante ha obtenido los triunfos consiguientes á sus buenas dotes y talento músico. Su voz, de un timbre suave, asciende y desciende con estremada facilidad, pues siendo armónica, es maravillosamente diatónica; aunque un tanto agria en las inflexiones de las notas altas y agudas. Su escuela moderna y sin el aparato de los gorgoros ni las cromáticas sostenidas, es de buen sentimiento y de divina tristeza, y la plegaria y misere del Trovador, en la que se lució completamente, en la noche del día 30 del mes pasado, es una prueba de cuanto se presta á esta clase de melodías. Bien estuvo en el dúo de la ópera Luisa Miller, y siempre agradable á los *dilettantis* en el primer acto del Trovador. Sin embargo, nunca diremos que la nueva adquisición es una Persiani ni una Malibran; pero sí una excelente cantante, pues



reuniendo á las dotes sobredichas finisimos modales y una bonita figura, tiene precisamente que recoger el aprecio público. El tenor Sr. Irfre acompañó á tan simpática tiple con su agradable voz y presencia en la escena. Cada vez nos afirmamos mas y mas en que este tenor, por sus esfuerzos en las partes altas de las canturias, ha adquirido debilidad en sus notas medias, pardeando mas de lo necesario: así se crece de un modo sobrenatural en la cabaletta del duo del segundo acto del Atila, pareciendo débil en el andante. Le aconsejamos sea mas parco en sus esfuerzos; pues de lo contrario arruinará su voz, cuando tiene abierto un porvenir brillante en la escena lirica. El final de dicho duo se ejecutó lindisimamente, y el público los llamó al proscenio por dos veces como testimonio de su agrado. El Sr. Santarelli, que cantó con los coros la introducciou del tercer acto del Trovador, tambien agradó, pues siempre lo hace con afinacion. Por lo demás todos hicieron gala de su saber, y el público quedó complacido.

(De el Agente de los Teatros.)

## EL ULTIMO REY DE LOS GODOS.

### LEYENDA HISTÓRICA.

Era una noche serena:  
el viento balanceaba  
mil árboles que fresca  
á un bosquecillo prestaban.  
Todo yacía en reposo,  
todo reposaba en calma;  
la palidez de la luna  
las campiñas alumbraba,  
las aves en paz dormían,  
los arroyos murmuraban,  
las lagunas en silencio  
á besarlas convidaban.  
En medio del bosque un hombre  
sin cesar se lamentaba,  
y la frente á cada instante  
sobre su diestra posaba;  
después quedaba en silencio  
y amargamente lloraba  
y sus lágrimas caídas  
los arbustos destrozaban.  
«¡Todo lo perdí en un día!»  
el infeliz exclamaba  
«Adios reino, adios vasallos,  
adios corona, adios patria.»  
y nuevamente gemía  
y nuevamente lloraba,



y sus lágrimas caían  
y las flores marchitaban.  
«Adios trono, adios soldados,  
adios Pelayo, adios Cava!  
tú eres causa de mis males,  
tú eres de mis penas causa;  
por tí he perdido aquel cetro  
que mis mayores llevaban,  
aquel cetro bautizado  
con sangre de mil batallas;  
aquel cetro que al mirarlo  
los enemigos temblaban;  
¡todo por tu amor, Florinda!  
¡todo por amarte, Cava!»  
y la cabeza de nuevo  
sobre su diestra posaba  
y nuevamente gemía  
y nuevamense lloraba.

De pronto se escuchan gritos,  
juramentos y algazara,  
levántase D. Rodrigo  
y á un bruto que reposaba,  
«ven á mí, le dice, Orelia,  
amigo de mis batallas»  
y el caballo dando saltos  
ante su dueño se para.  
«¡Aquí está!» se oye una voz;  
«en este bosque se halla,  
aquí el raptor de mi hija  
solo espera mi venganza.»  
Descúbreanse mil guerreros  
esgrimiendo sus espadas,  
sobre brutos andaluces  
que sus crines agitaban.  
«¡Ya estás Rey en mi poder!  
por fin estás en mis garras,  
ya no hay perdón para tí.»  
Así Don Julian declama,  
y toda su tropa unida  
mil estocadas tiraban  
al pecho de Don Rodrigo  
que brotando sangre estaba.  
Frenético el Conde al ver  
que el Monarca batallaba  
y á morir se resistía  
á manos de la canalla,  
adelantóse jurando  
y tiróle una estocada,  
unos dicen, por delante,  
otros diz que por la espalda.  
Por fin, cayó Don Rodrigo  
y el Conde que le miraba,  
«muere, le dice, insensato,  
mi nobleza está vengada:  
muere y Dios te tome cuenta  
de tus acciones villanas,  
de tus inicuos delitos  
y de tus promesas falsas.»  
—«Viles fueron mis acciones,  
mis pasiones fueron malas;  
á Dios rendiré las cuentas  
de mis culpas y mis manchas:



pero tú, malvado Conde  
piensa bien que debes darla  
de haber faltado á tu Rey,  
á su trono y á tu patria.  
Muero, si, yo te perdono,  
perdónote tu venganza,  
todo te perdono Conde  
y hago bien; nunca olvidada  
tu fama será en el mundo,  
mas de todos despreciada.  
Todas las generaciones  
pensarán horrorizadas,  
que por vengar á su hija  
un hombre perdió á su patria  
sin ser ella su enemigo,  
pues solo lo era el Monarca.»  
Esto dijo Don Rodrigo  
y al mismo tiempo espiraba,  
regando su noble cuerpo  
del Conde dos gruesas lágrimas.  
Todos al fin se volvieron  
jurando cual siempre estaban,  
y el Conde fuese con ellos,  
que á gozar lo convidaban,  
dejando solo el cadáver  
que el céfiro acariciaba,  
para pasto de las fieras  
que en el bosque vegetaban.

#### CONCLUSION.

No se supo mas del Conde  
aunque hay quien diz que pasaba  
todas las horas gimiendo,  
todas las horas sin calma:  
que poco tiempo despues  
á fuerza de penas tantas,  
entrególe al Redentor  
entre sollozos su alma;  
y respecto de Florinda,  
conocida por la Caba,  
diz que buscó su sepulcro  
del Guadalete en las aguas.

Málaga 1856.

M. R. Y BARZO.

#### MODAS DE NIÑAS.

Los vestidos de las niñas se siguen guarneciendo con volantes: llevan chaquetitas de tafetan negro con faldetas muy largas. Algunas faldas se guarnecen con flecos hechos de red; se ponen tres ó cuatro segun el alto de la niña: se hacen negros para vestidos de color claro. No se le hace cuerpo de la misma tela, sino de muselina blanca bordada con mangas largas y anchas y puño. Sobre estos cuerpos se ponen tirantes de la misma tela del vestido que se guarnecen con un fleco de la misma clase que la del vestido.

Las niñas llevan tambien manteletas de picos largos que se atan por detrás, bien de tafetan, bien de muselina de seda.

Los sombreros que llevan son de paja de diferentes hechuras, ó de paja de Italia redondos.

Nada nuevo se vé en el vestir de los niños; hasta la edad de cinco ó seis años llevan blusas abotonadas en un lado, y adornadas con terciopelo ó pasamanería.

El vestido que se llama á la marinera, que consiste en unas enaguas plegadas y una chaquetita, se pone á los mas pequeños.

En la cabeza llevan gorritas de paja con visera. Los redondos de paja no los llevan sino los niños de dos ó tres años.

#### ARTE DE SEGUIR LA MODA.

(Traducido de un diario francés)

Muchos nos preguntan: ¿Débese seguir la moda parisiense en el desbordamiento de la crinolina, en el extra-ensanche de las enaguas, en la disminucion de los sombreros cada vez mas lili-putienses?

Responderemos, que en punto á modas el hombre sensato y la mujer razonable, deben ser esencialmente ecléticos (1), parlamentarios, libres pensadores, y algunas veces hasta revolucionarios. Cuando la moda lleva demasiado lejos su absolutismo, es necesario oponérsele.

La moda del dia es: el balon de crinolina soplado por el ansia de dar golpe, abuecado por aros de paja, de carton, y aun de hoja de lata: es la cófia llevada, no sobre la cabeza sino sobre los hombros; es el sombrero imperceptible que sigue á la señora en lugar de cubrir su cabeza, y que en vez de adornarla, le proporciona catarros: es la falda de 25 metros que cubre todo un sofá como si fuese la vidriera de una tienda; y que á su vez cubre un nublado de volantes de moños y de adornos. Estas modas las llevan las mujeres del *falso mundo*, espresion que en nuestro idioma define exactamente la significativa palabra *cursi*, que aconsejamos al Diccionario de la Academia de admitir en su grey de *puros*, en vista que el neologismo obliga á crear voces adecuadas á las necesidades de las épocas, y de ser la nuestra por excelencia lo que esa moderna voz significa. La moda de las verdaderas señoras, de las que no quieren parecerse á aquellas, es la crinolina sin ridicula exajeracion, es la cófia llevada sobre la cabeza adornando el semblante, es el vestido con el que se puedan sentar en sillón de brazos, y caber dos en la testera de un coche.

(1) Eclecticismo, sistema filosófico, que consiste en adoptar de todos, lo que en ellos le parece mejor.



Alfonso Karr, autor que tiene mucho entendimiento, mucha gracia y muchas simpatías en Francia, se espresa así hablando de las modas del día.

«Estas modas exajeradas, cuando pasadas ya se miren en las colecciones de los diarios, aparecerán como las mas extravagantes, y entre las que mas han desfigurado nunca á las mujeres. Ciertamente que los vestidos largos y anchos les prestan mucha gracia y cierta magestad decente; pero para eso deben caer en anchos pliegues, y no aparecer rellenos por el individuo, no deben hacérselos así diformes y grotescos. Hoy día era preciso reformarlo todo para estar en proporción con las mujeres que no lo están con nada, empezando por los hombres y acabando por las casas».

El lujo se ostenta en el vestir de una manera escandalosa y su influencia es desastrosa; el lujo de los trages arrastra tras sí el lujo en el mueblaje, este el de las casas, y este el de los carruajes, etc.

Habría una bella y noble iniciativa para una señora rica, de buen tono y de buena posición, y sería la de no luchar con mujeres locas y mal entretenidas en derrochar y hacerse visible; sería dar el ejemplo de una fina y aristocrática sencillez en el vestir; esto se haría moda entre las personas distinguidas y de buen gusto, y sería muy glorioso el haberla inaugurado.

Los hombres tambien deberían evitar muchas exajeraciones en las modas; primero las mangas pagodas, que se meten en los platos en las mesas, y en los tinteros en las carpetas; los sombreros con las alas demasiado vueltas como latas de tejado, los chalecos demasiado cortos; los pantalones de cuadros demasiado grandes, de manera que un solo cuadro cubra la pierna. Generalmente el hombre que se afana mucho por ser elegante, no logra sino ser pretencioso. Un hombre que se viste con gran esmero no es por eso un hombre elegante; y si á su esmero no une la sencillez, el buen gusto y las buenas maneras, no será un hombre elegante, sino un dandy, un paquete, un *petit maitre*, un pisaverde, un *hermoso*, un *increíble*, un *fashionable*, un maravilloso, un *piafador*, un *Narciso*, segun se les ha nombrado en diferentes épocas con estas voces sinónimas de fatuo.

### *Cancion de los pescadores de Bretaña, traducida por Fernan Caballero.*

El señor A. Brizeux, que apellidan en Francia el Virgilio armoricano, porque canta las leyendas populares de la Bretaña y recopila sus cantos, trae en un tomo que acaba de dar á la prensa una cancion de marineros; quisiéramos ser poetas para traducirla en buenos versos en lugar de hacerlo en mala prosa.

### LOS PESCADORES.

Qué felicidad es echarse á la mar con un cielo despejado, pues tan bello es el mar como el campo; y si el cielo azul se torna negro, nuestros corazones se mantienen alumbrados por la esperanza, porque Dios nos acompaña.

El buen Jesus andaba sobre el agua.  
Camina sin temor, barquilla mia.

S. Pedro, S. Andrés, Santiago y S. Juan, que se celebran todos los años, fueron lo que somos nosotros; y esos pescadores de peces, cogieron despues hombres en sus santas redes.

El buen Jesus andaba sobre el agua,  
Camina sin temor, barquilla mia.

Sobre las olas lo vieron venir sereno y ligero cual una sombra, y Pedro tuvo miedo de seguirle y le gritó: «Señor, salvadme, que me hundo».

El buen Jesus andaba sobre el agua,  
Camina sin temor, barquilla mia.

En tu barco, Pedro Simon, ¡qué hermoso sermón predicó Jesus al piadoso concurso! ¡y despues tus viejas redes qué de pescado cogieron! y fué la pesca milagrosa.

El buen Jesus andaba sobre el agua,  
Camina sin temor, barquilla mia.

Un dia durmióse en tu barca; ¡y te acuerdas como en torno se levantó la tempestad? Tú asustado lo despertastes, y él le dijo á las olas: *apaciguaos*, y ellas bajaron la cabeza.

El buen Jesus andaba sobre el agua,  
Camina sin temor, barquilla mia.

Así es que la barca en que se sentó Nuestro Señor siempre lleva buen viento; sin temerle al mar ni á las tempestades, sigue siempre adelante la barca de S. Pedro.

El buen Jesus andaba sobre las aguas,  
Camina sin temor, barquilla mia.

¡Oh Jesus, amigo de los pescadores! venid hoy con nosotros en este humilde cascaroncito. Vamos, Señor, empuñad el timon, bendecid nuestro trabajo que mantiene á la familia!

El buen Jesus andaba sobre las aguas,  
Camina sin temor, barquilla mia.



## A BELISA.

¡Qué dulces á tu lado  
 las horas son, Belisa,  
 allá cuando entre sombras  
 desaparece el día!  
 Allá cuando entre ocaso  
 espira la luz tibia,  
 iluminando apenas  
 la blanca florecilla.  
 Los ecos seductores  
 de tu voz argentina  
 vida dan á mi alma,  
 alma dan á mi vida:  
 envidio el aura ténue,  
 la perfumada brisa,  
 que con tu dulce aliento  
 los lleva fugitiva.  
 ¿Qué importa que la noche  
 en negras sombras rica,  
 soledad y silencio  
 vierta en la tierra umbría?  
 Tus ojos hechiceros  
 la oscuridad disipan,  
 la soledad contigo  
 trasunto es de la dicha,  
 los mas fieros pesares  
 acallan tus sonrisas.  
 Si ves las gayas flores  
 doblar su frente altiva,  
 no creas que á la noche,  
 á tí es á quien se humillan.  
 La rosa sus colores  
 encuentra en tu mejilla,  
 su aroma á la violeta

robó tu boca linda,  
 la cándida azucena  
 tu blanca frente envidia.  
 Por eso vacilantes  
 sus cálices inclinan,  
 y sin olor ni encantos  
 al verte se marchitan.  
 Por tí gime en la rama  
 la tórtola escondida,  
 murmura el arroyuelo,  
 el ruiseñor suspira:  
 se oculta entre los sauces  
 la luna adormecida,  
 de tanta gentileza  
 acaso huyendo esquivada.  
 Y en fin, por tí tambien,  
 hasta natura misma,  
 parece que pretende  
 mostrarse complacida,  
 turbando su silencio  
 con esas armonías,  
 de murmurios y cantos,  
 de fuentes, y avecillas.  
 ¡Qué dulces á tu lado  
 las horas son, Belisa,  
 allá cuando entre sombras  
 desaparece el día!

(Remitido.)

J. DE P. BLANCO.

ADVERTENCIA.—Damos un suplemento al presente n.º en vez de la lámina que le correspondía.

Solucion del geroglífico anterior.

Gato escaldado del agua fria huye.

TU



NT

UrA



Rd





# SUPLEMENTO A LA MODA N.º 117.



## DEL AMOR,

CONSIDERADO BAJO EL PUNTO DE VISTA ESTETICO.

No hay en el confuso laberinto de las pasiones humanas, otra tan enérgica, tan egoísta y al mismo tiempo tan universal como el amor; ni móvil poderoso que tan eficazmente haya contribuido á las mas gloriosas empresas. Así es que en el indefinido cuadro de la vida humana, aparece la noble figura de la mujer, trasunto el mas bello del amor, prestando aliento á los héroes y colorido á los mas grandiosos espectáculos.

La influencia de la mujer se hace sensible en nuestra vida, ora guiándonos á la cumbre de la felicidad, ora hundiéndonos en un abismo insondable de amarguras. Una mujer mancilló nuestra frente con el sello del pecado, otra fecundizó en su seno al que habia de lavar esa mancha con su preciosísima sangre. Hé aquí el influjo de la mujer.

Pero el amor de la sociedad antigua no es el amor de la sociedad cristiana. La voz regeneradora del Mesías, trastornando los cimientos del mundo, creó una nueva vida de afectos, y la luz del evangelio, ahuyentando las quiméricas sombras del Olimpo, erigió un nuevo templo á la humanidad.

Veamos, pues, en qué consisten estas diferencias.

La mujer, antes que la unción divina purificase su frente y enalteciese su espíritu, no era mas que un vil instrumento de deleite, torpe creacion de los sentidos, voluptuosa deidad, que agitándose en la eterna bacanal del mundo, embriagaba de lascivia á los hombres.

La virgen cristiana, ceñida con el velo del pudor, hace la ofrenda de su corazón al pie de los altares, y entre nubes de incienso y sagradas armonías, bendicen los ángeles sus castos amores.

Los antiguos concebían al amor como una enfermedad del corazón. Las elegías del afeinado Tibulo, son los tristes ayes del que

siente vacilar la llama de su existencia al recio vendabal de las pasiones; son los débiles ecos de un alma enfermiza.

El amor bañado con la unción evangélica, es la mágica luz que reverbera en el mundo la felicidad del paraíso, es una gota de rocío que vierte Dios en el amargo cáliz de la vida, mística flor que ha brotado en el suelo al rayo inspirador de la palabra divina.

Para los antiguos, el amor era un terrible presagio de la cólera de los dioses, un filtro ponzoñoso de que las iras infernales se servían para envenenar el corazón de los hombres.

El amor sublimado por Jesucristo, es la base de la religión que inoculó en el mundo. ¿Es otra cosa la caridad que el amor considerado bajo uno de sus muchos aspectos? Ama á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á tí mismo. Hé ahí reasumidos los inalterables preceptos de las leyes divinas.

Finalmente, el amor antes de Jesucristo, es puramente material y fisiológico, torpe instinto que degradaba á los hombres, reduciéndolos á la condición de los brutos.

El amor, santificado por la Iglesia, dá un poético realce á la sensación con la delicada tinta del sentimiento y satisface á la vez las exigencias del alma y las del cuerpo.

Y la razón de todas estas diferencias se encuentra fácilmente, examinando la distinta organización de la sociedad antigua y de la sociedad cristiana.

En Roma, por ejemplo, lo positivo y material de su filosofía, la perpetua tutela de la mujer, la facultad ilimitada del padre de familia, y sobre todo la inhumana servidumbre común á todas las naciones, hacía que los hijos de ese gran pueblo no pudiesen comprender los sublimes afectos con que el divino Mesías había de sellar el corazón de los hombres.

En Roma, pues, carecía de significado, y así se comprende como en los *Cautivos* de Plauto, no figure para nada el amor, y sea no



obstante una de las mas bellas creaciones del arte antiguo. Entre nosotros el mérito de un drama, en que concurriese el mencionado requisito, seria comparable al de una estatua, que aunque artisticamente bella, habia de carecer necesariamente de la animacion y vitalidad que presta el colorido; no es posible brillara en sus ojos esa mirada espresiva, en que el pintor reverbera todas las afecciones del corazon humano.

Tampoco en Grecia podia concebirse la sublimidad del amor. Allí la morada de la mujer, estaba constituida en un santuario que no era lícito profanar á los hombres. No obstante, el refinamiento de la civilizacion griega introdujo una raza especial de mujeres públicas, que no pueden confundirse en manera alguna con la asquerosa meretriz romana. Así es que el inmortal Sócrates y los mas célebres de aquella época, no se desdñaban de visitar á la ilustre prostituta Aspasia, mujer la mas erudita de su tiempo.

De lo dicho se infiere, que el amor era desconocido en la antigüedad; y si un Virgilio casi acierta á dibujar á la mujer cristiana en sus inmortales versos, es porque al través de las tinieblas del paganismo, descubria los mágicos albores de la divina aurora, que alumbrando la tierra, habia de fecundizar su seno con el rocío de la eterna gracia.

Despues de este breve paralelo entre el amor de los tiempos mitológicos y el nacido á la sombra de los templos cristianos, bueno será que examinemos, aunque muy circunscritamente, las principales formas que puede revestir este afecto, y que pueden reducirse á las cuatro siguientes: el amor de madre, el paterno, la amistad y el amor propiamente dicho.

¿Hay cariño mas noble, mas desinteresado, mas ciego y entrañable que el de una madre? ¿Hay oculto resorte en el corazon humano que mueva tan poderosamente los mas recónditos afectos? La mujer que es débil, poseida de ese amor se trasforma en valiente y resuelta; y la de altivo corazon en humilde y compasiva. Tiene además un sello especial que le caracteriza; y es, que la efusion del cariño materno aboga la voz del deber; la madre es toda sentimiento. Por eso su noble figura no campea en nuestra legislacion revestida de la patria potestad, en tanto que no se eleve á ley el nuevo proyecto del código civil. No sucede así en el amor paterno. Para que este afecto llegue á ser esencialmente dramático, es preciso que la de-

licada imagen del sentimiento aparezca ceñida por los ríjidos contornos del deber. Así lo comprendió Alarcon en su escelente comedia *La verdad sospechosa*, joya de nuestro teatro antiguo, cuando entre otras bellezas nos presenta el carácter de un padre severo ante los ojos de su hijo, tierno y solícito en su ausencia. No así Balzac, que ha sido justamente tachado de inmoral, cuando en una de sus novelas ofrece el tipo de un padre, que poseido de la mas vergonzosa debilidad, no limita el desenfreno de sus hijas, antes bien las empuja hácia el abismo de la prostitucion.

De ahí lo difícil que es el modelar el tipo de un padre, y es menester mucho pulso, y un tacto finísimo, para conseguir que no domine tanto en él el sentimiento, que le constituyamos en un ser repugnante y degradado; ni tampoco dar una preferencia tan esclusiva al deber, que mas que como padre, le presentemos como un tirano. Tambien viene á hacer mayor esta dificultad, el que los atributos y facultades de un padre varian en los diferentes tiempos y paises.

La amistad, que es otra de las fases mas importantes del amor, tiene su fundamento en la simpatía; esa facultad de sentir unos en otros, ese vínculo magnético que hermanando á los hombres, identifica sus corazones, y hace que exhalen unidos sus armonías. A veces el espíritu fatigado con la pesadumbre del cuerpo, quiere exteriorizarse, necesita una expansion, y entonces el hombre busca á sus hermanos, esparce en su seno los sentimientos que brotan de su corazon, y llevado de un impulso generoso, los acompaña así en sus tristezas como en sus alegrías. Este afecto, así como el amor materno, puede decirse que carecen de historia, porque casi no han sufrido ninguna transformacion al través de las sociedades. Así ¿pueden las literaturas modernas ofrecernos tipos mas simpáticos, modelos mas acabados de amistad que los bellísimos de Pilades y Orestes?

Con respecto al amor propiamente dicho, atendiendo á que le son aplicables en un todo las ligeras observaciones con que encabezamos este artículo, solo diremos, que para amoldarse á las condiciones del drama, es preciso que la abnegacion constituya su esencia. Por eso se ha dicho que es inmoral el drama del célebre novelista Alejandro Dumas, en que un amante, para lavar el honor manchado de su querida, la mata en presencia de su esposo. Mucho mas dramático, mas



interesante, y sobre todo mucho mas moral hubiera sido el desenlace, si en vez de aparecer el protagonista como innoble asesino de la mujer cuya honra habia mancillado, hubiese sacrificado su propia vida.

Hemos pues reseñado, aunque muy ligeramente el amor tal cual lo concebían los antiguos, y el amor santificado por la iglesia. También hemos recorrido, aunque muy por encima, las diferentes formas de que es susceptible este afecto, pudiendo observar que sea el que quiera el punto de vista bajo el cual se le considere, siempre podremos decir lo que insinuamos al principio; que no hay pasión mas ciega ni mas popular al mismo tiempo que el amor. De ahí el célebre dicho de Carlos III «¿Quién es ella?» que ha inspirado el númen dramático de uno de nuestros mejores poetas contemporáneos.

PELAYO CASTILLO.

## LA GOTA DE AGUA.

FÁBULA ÁRABE.

Una gota de agua desprendida  
Desde las nubes á la mar cayó,  
Y al verse entre las olas confundida  
Avergonzada y trémula exclamó:

«¿Qué soy, pobre de mí? No valgo nada  
Si me comparo con la inmensidad;  
Hasta la hoja lijera que arrastrada  
Sobre las ondas corre, vale mas».

Oyó Dios su lamento; protegerla  
Quiso, y en una concha la encerró.  
Y convertida luego en rica perla  
En su corona un rey la colocó.

Esa modestia imitad,  
Porque al hombre necio y vano  
Dios no le tiende la mano:  
Dios eleva á la humildad.

TEODORO GUERRERO.

## MAÑANAS DE ABRIL Y MAYO.

I.

A Miguel Perez.

Hubo un sastre que colocó el siguiente rótulo encima de su puerta. *Sastre de lo que salga*. Trájele un parroquiano cuatro varas de paño y le dijo. Hágame V. un gaban. Corriente. A los tres días tenia en su casa unas polainas. Marchó enfurecido en casa del sastre. ¿No le dije á V. que me hiciese un gaban?—Y que?—Estas son unas polainas.—Toma! Así como le han salido á V. unas polainas, le podía haber salido una capa: yo soy sastre *de lo que salga*. Pues bien, este es un artículo de lo que salga. Léelo, querido Miguel, y acuérdate mucho de tus buenos amigos.

II.

*Mañanas de Abril y Mayo.*

*Una mamá:* Sí, son muy buenas mañanas.  
*Una pollita.* ¡Deliciosas para pasear! Leamos.  
*Un viejo.* ¡Vaya, vaya! ¿Qué embajada será esta? ¿Que todos los titeres quieran escribir?  
*Un autor dramático:* ¡Qué salida! Este es el título de una comedia de Calderon!  
*El autor (descubriéndose).* De la Barca. ¡Sigo?... Adelante.

III.

—Luis! Luis, chico!  
—¿Qué?  
—Despiértate. Mira qué hermosa mañana.  
—Y para eso me despiertas! Déjame dormir.  
—Levántate, vámonos al Retiro. Verás lo mas escogido de las bellezas madrileñas; tú que hace poco que has venido.  
—No seas pesado. Vete á la cama. Además, no me gusta ver á las mujeres de madrugada: están feas. La mujer debe mirarse á la luz artificial.  
—Déjate de tonterías. ¿Vienes ó no?  
—Voy, voy... sí, por no oírte...  
Y á la media hora mi amigo Luis y yo, cogidos del brazo y estrujando entre los dientes dos empedernidos *coraceros*, caminábamos hácia los jardines que en otros tiempos mas felices ó mas desdichados, hacían la delicia de la corte de Felipe IV.

IV.

—Bien venidas seais, dulcísimas mañanas de primavera, con vuestro cielo de carmin y rosa, con vuestras auras suaves y perfumadas, con vuestra quietud, vuestra hermosura y vuestra voluptuosidad! Los pajarillos que se mecen en las copas de los elevados árboles, os saludan con sus



preciosos trinos, saltando de rama en rama y luciendo su vistoso plumaje, rizado por la brisa! Las flores abren sus cálices esparciendo un aroma embriagador, ostentando sus mil hermosos colores, puros como la primera sonrisa de una virgen! Las mariposas....

—Chico, mira qué piecitos!

—Horror! desolacion! Me arrojas desde el cielo de mi poesía á.... Y dónde están?

—Ponte los quevedos.

—Magníficos! sublimes! Eso no se vé mas que en Pekin.

—Y en Madrid.

En efecto: eran monísimos aquellos piés que habian servido á mi amigo para sacarme de mi enagenamiento primaveral, y estaban unidos á... un elegante vestido de seda, al menos yo no vías): sobre el vestido se tendia en mil ondas una hermosa mantilla negra, entre cuyos abundantes pliegues asomaban una cara de rosa, unos ojos negros aun mas que la mantilla, y una boca diminutay divinamente modelada.

Los piés, el vestido, la mantilla, la cara, los ojos y la boca que yo admiraba, pertenecian á una elegante aristócrata que descendia de su coche cuando me interrumpió mi amigo.

Estábamos en las puertas de los regios jardines.

## V.

—Qué direccion tomamos?

—La que tú quieras.

—Al capricho.

—A observar.

—Observemos.

## VI.

¿Qué mirará con tanta atencion ese jóven melenudo y ojoso? Tiene su vista fija en el estanque?

—Qué sé yo! Observará á los patos.

—No: ese jóven será poeta.

—Entonces no mirará á los palmípedos.

—Quién sabe! Puede que vaya á escribir un poema... y le inspiren los gansos.

—Uf! no digas despropósitos. Ese jóven espera.

—Y se desespera.

Una obesa mamá, de tremendo volúmen y que sudaba á las seis de la mañana, apareció por una encrucijada de árboles, acompañada de dos pimpollitos. Uno de estos llevaba un falderito en brazos.

El jóven que miraba á los patos, dió pruebas de tener un corazon muy fiel en esto de adivinar cuando se acercaba su adorado tormento, porque se volvió de pronto como movido por un resorte.

Quedóse sin embargo pegado á la verja del estanque. Sin duda aquella *respectable* señora, era su presunta suegra y le dió miedo.

Una mirada de la niña que llevaba el perrito

se cruzó con otra del jóven melenudo, que palideció y crispó los puños.

—Aquí hay drama, me dijo Luis.

—Calla; veremos.

Acercáronse las tres al estanque, poniéndose á unos veinte pasos de distancia del jóven: la mamá, con una calma envidiable, sacó de un enorme bolso unas miguitas de pan, y empezó á arrojarlas económicamente á los habitantes de aquellas dulces aguas.

La niña no enamorada se reia.

La otra miraba de cuando en cuando con dulzura á su amante. No sé si á sabiendas ó casualmente, dió un sonoro beso al faldero.

El jóven saltó como si le hubiese picado una víbora. Despues sacó con mano convulsa una cartera y se puso á escribir precipitadamente.

Nosotros observábamos.

Concluyó la mamá su operacion, se despidió tiernamente de los patos y dió la señal de marcha.

La niña amada miraba con inquietud al jóven, que seguia escribiendo. Ya se habian alejado bastante las tres señoras cuando concluyó. Rasgó la hoja que habia llenado, la dobló en forma de carta y con paso inseguro, pero ligero, se dirigió á donde iba su adorada.

Nosotros nos adelantamos tambien.

—El drama se enreda, dijo Luis.

—Calla, diablo!

Cuando estuvo el jóven á veinte pasos del grupo se detuvo. Entonces empezó una lucha de señas, escarceos y contorsiones. Comprendimos que queria hacer pasar de sus manos á las de la niña aquel papel. Sin embargo, la empresa era difícil sin duda, porque á los diez minutos aun habian sido inútiles sus evoluciones.

Cada vez nos acercábamos mas Luis y yo.

Ya iba perdiendo el jóven la paciencia, cuando el grupo entró en una estrecha calle de árboles. Parecióle buena la ocasion, porque adelantándose, pasó junto á su ídolo y alargó la carta. Despues desapareció como un cohete por la espesura.

—Qué es eso? oímos que dijo la mamá tonel.

—Nada, balbuceó la niña.

Y al querer ocultar el cuerpo del delito, cayó al suelo la carta.

—Qué es eso que te se ha caido?

—A mí?...

—Sí, parece un papel. A ver...

Quiso virar en redondo aquella voluminosa urca para cerciorarse de sus sospechas, pero al hacerlo... se encontró con mi amigo Luis, que con una serenidad imperturbable, se puso á hablarle de los negocios de Valencia.

La carta se habia eclipsado bajo su bota.

—Pollos necios! murmuró la buena señora mirándonos con ira. Vamos, niñas.

Estas tuvieron que obedecer la órden. La del perrito nos dirigió una mirada suplicante.

—Démosla la carta, dije.

—Me ha llamado pollo! A mí!



—Vamos, vamos á dársela.  
 —No, vamos á leerla.  
 —Eso es innoble.  
 —No seas tonto: leamos.  
 Y cogió la carta.  
 Las tres señoras habian desaparecido.  
 —Oye.  
 —Oigo.

«Ana, cruel Ana: no esperaba menos de ti...  
 Adios!... no: antes oye. Ya te dije que Serafin  
 seria causa de mi muerte... Tú lo sabias y has  
 preferido á mi rival... Ese beso con que has  
 regalado un inmundo hocico me ha dado el golpe  
 de gracia... Adios, sé feliz con él... Goce ese  
 odioso perro la felicidad que á mi me roba. Uno  
 de los dos habia de morir... y tú has dictado mi  
 sentencia. Adios... dentro de un cuarto de hora  
 ya no existiré. Sé dichosa. Me dirijo al canal.  
 Adios para siempre. Tu Agapito.»  
 —Corramos! exclamé: aun será tiempo.  
 —No tengas cuidado, me dijo Luis: estos dra-  
 mas concluyen siempre en sainetes. Sigamos  
 observando.

## VII.

—Me parece aquella Rosalía.  
 —Cuál?  
 —La del pañuelo amarillo.  
 —Y ella es.  
 —¿Pues no decia noches pasadas que no la  
 gustaban los hombres? Ah embustera!  
 —Y qué?  
 —Pues no la ves? Vá con un mocito barbi-  
 lindo... Y qué juntitos!  
 —Déjalos.  
 —Y van solos!... Anda, salero! Dónde irán,  
 chico!  
 —Qué nos importa? Buen provecho.

## VIII.

Dos lindas jóvenes pasaban junto á nosotros.  
 Oimos el siguiente diálogo.

—Y por qué he de ocultarle mi amor?  
 —No seas niña. Mientras no sepas ocultar  
 tus sentimientos no serás amada de los hombres.  
 La mujer debe fingir y fingir lo contrario de lo  
 que siente. Y si no fuera por esto, ¡desgracia-  
 das de nosotras!  
 —Pues yo no quiero. Le amo y no trato de  
 encubrirle mi amor. ¿No conoces que si yo le  
 mostrase desvío, huiria de mí?  
 —Al contrario, te amaria mas. Si yo no  
 hubiese usado de esa inocente estratagema con  
 el que ahora es mi esposo, no me hubiera casa-  
 do nunca.  
 —Pues es cruel! Y él ha de fingir tambien?  
 —Es claro! Nosotras lo necesitamos aun mas  
 que ellos.  
 —De modo que el amor será un engaño  
 mútuo.  
 —Justamente.

—Dios mio ¡qué martirio! Tener ante sí un  
 paraíso y verse obligada á cerrar los ojos, sonar  
 la mas dulce de las armonías y taparse los oídos...  
 oh! yo no puedo.

—Tú te arrepentirás.  
 —Oh! nunca, nunca.  
 Lectoras mías, cual de las dos tenia razon?

## IX.

—A que no aciertas qué pareja es esa?  
 —Dos recién casados.  
 —Vaya un ojo! Acerquémonos.  
 —Serán amantes.  
 —Tampoco. Oigamos.  
 El: Quieres sentarte?  
 Ella: Lo que tú quieras.  
 El: Dónde?  
 Ella: En cualquier parte.  
 Se sientan. Ella mira en rededor distraida.  
 El saca un cigarro y fuma. Cinco minutos de si-  
 lencio.  
 El: Nos vamos?  
 Ella: Y para eso me traes?  
 El: Y para qué quieres venir? Te se puso en  
 la cabeza...  
 Ella. No tengas cuidado. No te incomodaré  
 mas. (Vanse.)  
 —Chico, ya lo he acertado. Son hermanos.

## X.

—Oye! ¿Y es esta la tan celebrada fuente de  
 la salud?  
 —Esta es.  
 —Pues es mezquinísima. Y cuánta gente!  
 Mira, mira á esa rubita que ahora se dirige á lle-  
 nar un vasito de cuero... Bueno!... Uno... dos...  
 tres... Canario!  
 —No te asustes!  
 —Seis... siete... Esa muchacha va á reven-  
 tar... once... doce... Pero ha perdido el juicio?  
 —No, hombre, la salud.  
 —Ah! Y todas se atracan del mismo modo?  
 —Cuando lo exige la salud...

## XI.

Dos viejos que están sentados, tomando por  
 supuesto un rayito de sol.

—Desengáñese V., D Juan, esto no marcha.  
 Esta no es la gente de nuestros tiempos... Aquí  
 no hay mas que pequeñez y egoísmo. Yo, yo y  
 siempre yo. Bien puede V. llorar por la patria  
 cuando vea V. muchos patriotas. Esto se va vol-  
 viendo una olla de grillos...  
 —Bien lo veo!  
 —Y los del veintitis nos vemos arrinconados...  
 Ahora hay una pasta particular para hacer  
 notabilidades al soplo... y la gente que grita aho-  
 ga á la gente que piensa...  
 —Válgame Dios!



## XII.

- El sol calienta demasiado; vámonos.  
 —Pues sabes que llevamos que contar!  
 —No es culpa nuestra. Si mas hubiéramos visto...  
 —Calla! El jóven de marras!  
 —No se ha tirado al canal.  
 —Y ha comprado un ramillete.  
 —Será para su Filis.  
 —Pues él se marchó decidido...  
 —Si, pero se detuvo... en la casa de vacas.

## XIII.

*Finis coronat opus.*

*La mamá:* Cuando decia yo que mas vale dormir que leer esto!

*La pollita:* Así, así... hay tan pocos amores!

*El viejo:* ¡Qué vaciedades escribe uno cuando muchacho!

*El autor dramático:* ¡Pobre chico! Qué poca vis!

*El autor:* Gracias, señores. No hay de qué. Adios, Miguel. Siempre tuyo.

IGNACIO VIRTO.

## LA GOLONDRINA.

Luz, la graciosa aldeana  
 que al nacer la primavera,  
 vió subir á su ventana  
 la brillante enredadera  
 que fué su encanto y su amor;

Hoy que al soplo del verano  
 la planta gentil espira  
 perdido su adorno vano,  
 Luz la contempla y la mira  
 sin asombro y sin dolor.

Y abre su casta ventana  
 la doncella encantadora,  
 cuando la niebla lejana  
 tímidamente colora  
 la luz del amanecer.

Y tendiendo el vuelo leve  
 desde la acacia vecina,  
 sobre sus hombros de nieve  
 se posa una golondrina  
 con afanoso placer.

Ave azul, blanca y ligera  
 que vuela en pos del estío;  
 ave que va pasajera,  
 como el pensamiento mio,  
 buscando luz y calor.

Ave que rizado y bello,  
 para inspirar confianza,  
 lleva prendido en el cuello  
 un lazo verdé esperanza,  
 prenda segura de amor.

Ave de incansable aliento,  
 que atrás en su vuelo extraño  
 se deja el rápido viento;  
 ave impaciente que al año  
 cruza dos veces la mar.

Ave que dice sus quejas  
 en breves notas al río;  
 ave que bajo las tejas  
 del antiguo caserío  
 vuelve su nido á colgar.

Ave llena de misterio,  
 que al morir la tarde canta  
 en la cruz del monasterio  
 que atrevido se levanta  
 sobre el rasgado peñón.

Ave de afanosa vida,  
 ave azul y voladora,  
 ave en el mundo perdida,  
 ave, en fin, que Luz adora  
 con todo su corazon.

Y es bello ver como tiende  
 del ala la corva pluma,  
 y haciendo un lazo se prende  
 sobre aquel cielo de espuma  
 donde tranquila se está.

Y es tierno el ver la delicia  
 con que la hermosa doncella  
 con sus manos la acaricia;  
 cómo mirándose en ella  
 tímidos besos le dá.

Tierno corazon de ave,  
 en donde el amor se anida,  
 golondrina que no sabe



que aquí en el mundo se olvida  
un amor por otro amor.

Y de su cariño ufana  
no vé el ave pasajera,  
que la inconstante aldeana  
olvidó á la enredadera  
para ganar su favor.

Y Luz, rayo de la aurora  
en su amante sentimiento,  
olvida tal vez ó ignora  
que las aves son del viento  
y que tras el viento van.

No vé que la golondrina  
que hoy cautiva su albedrío,  
es un ave peregrina,  
que apenas pase el estío  
tras él sus alas irán.

Pero acude á su ventana  
la doncella encantadora,  
cada vez que la lejana  
tímida niebla colora  
la luz del amanecer.

Y dejando el frágil lecho,  
desde la acacia vecina  
viene á posarse en su pecho  
la impaciente golondrina  
con afanoso placer.

Y buscando inquieta en donde  
apagar su sed ansiosa,  
el pico entreabierto esconde  
entre los labios de rosa  
de la doncella gentil.

Y por templar el esceso  
de su inquietud, Luz temblando,  
le deja beber un beso,  
húmedo, apacible y blando  
como las auras de abril.

Golondrina, cuando el cielo  
siegue la flor del verano,  
y llesves tu rauda vuelo  
hácia otro clima lejano  
buscando luz y calor;

Dale otro amor á tu vida:

no vuelvas, desventurada,  
que es hermosa Luz y olvida,  
y tú, ave enamorada,  
eres su segundo amor.

JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

#### PRETENSIONES FEMENILES.

¡Pobre España!... tú ya ves,  
que, bajo diversos nombres  
de *Anton, Pedro, Juan* ó *Andrés*,  
te gobiernan varios hombres  
desde el año treinta y tres.

Y, si bien con torpe afán  
te han hecho tascar el freno  
cual á un turco el Gran Sultan,  
poco al fin te han dado bueno,  
*Pedro, Andrés, Anton* ni *Juan*.

Si, pues, tan menguados son  
para regir los destinos  
de nuestra infeliz nacion,  
los talentos masculinos  
de *Andrés, Pedro, Juan* y *Anton*,

¿Por qué al ver tan poco medro  
en cuanto á ti te concierne,  
te has de aguantar como un cedro,  
sufriendo que aun te gobierne  
*Juan, Andrés, Anton* ni *Pedro*?...

Corta, de una vez, la cepa;  
haz con nosotras las paces;  
y la Europa entera sepa  
de lo que somos capaces  
*Cármen, Rosa, Juana* y *Pepa*.

¿No es una accion vergonzosa,  
y un capricho sin segundo,  
dejar que ande así la cosa,  
cuando estamos en el mundo  
*Pepa, Cármen, Juana* y *Rosa*?

Pues qué, por mas que se alarmen  
de nuestros patrios destellos,  
y en contra los hombres se armen,  
¿lo haríamos peor que ellos  
*Juana, Pepa, Rosa* ó *Cármen*?...

En fin, la cuestion es vana;



las pruebas las dudas cortan....  
Haz un ensayo mañana,  
y verás como se portan  
*Rosa, Carmen, Pepa y Juana.*

JOSE BERNAT BALDOVI.

*Anécdota traducida de un diario francés.*

Un brillante auditorio en el que se hallaban varias elegantes señoras, se había reunido en la sala en que celebra un famoso profesor de química sus sesiones en Berlín. «Límpiate el carrillo», le dijo un caballero á la señora que llevaba del brazo, «porque tienes en él una mancha azul». La jóven señora se miró en un espejo, y vió con sorpresa que el colorete que se había puesto había cambiado de color por causa de las descomposiciones químicas que se habían verificado en la sala bajo la influencia de los gases.

La señora se limpió su rostro consolándose con que á las demás les sucedería otro tanto. Efectivamente así fué, y ella y su acompañante se echaron á reír al observar las caras amarillas, y negras, que habían creado aquellos pérfidos vapores: algunas, esto es, aquellas que habían querido tener la tez mas blanca, los carrillos mas encarnados, los labios mas rojos y las cejas mas negras, salieron de allí tan abigarradas, que las hubiese envidiado un loro.

Al día siguiente un periódico festivo Berlínés publicaba este lance bajo este título: *Las Berlínas pintadas por ellas mismas.*

Asegúrase que la química podría producir semejantes fenómenos en otras muchas partes tambien.

El hábil prestidigitador Mr. Marquand en una sesión que daba en Courtrai, notó que un ladrón robó el pañuelo á su vecino. «Señor», le dijo al robado, «¿me quereis hacer el favor de prestarme vuestro pañuelo para hacer una suerte?» El pobre señor fué á sacarlo de su bolsillo, pero se quedó frío al hallarlo vacío. «Sabia que no lo teniais», le dijo el prestidigitador; «pero por mi arte sé donde para: está en el bolsillo de su vecino de V. ¿Me quereis hacer el favor», añadió dirigiéndose á este, «de verificarlo?» El ladrón aturrullado sacó el pañuelo de su bolsillo, mien-

tras el público aplaudia estrepitosamente la admirable destreza del prestidigitador.

POBRE LAURA.

**Balada.**

Laura era jóven y hermosa,  
como mujer, sin fortuna:  
tan blanca como la luna,  
tan tierna como la rosa.

A un hombre incauta adoró,  
el cual amor la mentía,  
y ella que por él vivía  
al verse sin él murió!

Hoy yace junto á esa fuente  
que acaricia mansa el aura  
murmurando en su corriente:  
«Pobre Laura!»

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

A ELISO.

¿Por qué á las musas con furor provocas  
En destemplada lira y pobre acento,  
Si lleva Eliso tu clamor el viento,  
Y el eco duerme cuando al eco invocas?

En vano la razon necio sofocas.  
Y al apodado númen das tormento  
Manchando siempre tu apestado aliento  
Cuanto ves, cuanto alcanzas, cuanto tocas!

Quieres que el mundo con placer te escuche?  
Aplauda de tus versos la armonía  
Trocando en grato aplauso sus rigores?

Deja que el vicio con el vicio luche;  
Canta á Dios! que hizo el sol, la luna, el día,  
Y ensalza la virtud de tus mayores!

RAFAEL MAIQUEZ.

CADIZ: 1856.—Imprenta de la Revista Médica.